

2 de julio, 1970

Querido Antonio,

gracias por tu carta, aunque me sorprende que para cuando me escribiste no hubieras recibido dos mías anteriores en las que te acusaba recibo del 'Cancionero de Sagres' y 'Un sitio para Soledad'; en esa última te participaba con sinceridad mi opinión de la novela.

Con esa misma sinceridad he escrito la reseña que quieres, y como nobleza, amistad e independencia obligan cada una por su lado, quiero decirte que si encuentras quién te la haga mejor y más favorable, no dudes en mandar esa a 'Papeles'. Yo he escrito la mía con muchísimo gusto, y cuando menos te puede servir de opinión particular; lástima que el espacio no me dejase precisar algunas cosas.

Celebro que se siga celebrando la 'Fiesta de la poesía'; a ver si algún año puedo asistir. La verdad es que haceis mucho por Villafranca, y en un terreno que será fértil.

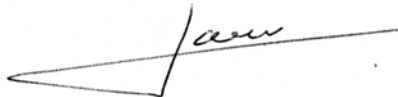
A España creo que no regresaré hasta el verano de 1971. En el presente estoy enseñando, y por cierto que me ha caído una breva enorme; lo que se presentaba como un curso 'senior' (para estudiantes en el último año antes de graduarse), se ha convertido en un curso graduado con toda la barba, ya que más de la mitad de mis estudiantes matriculados tienen esa calidad, y por si fuera poco, a un colega mío del Departamento de Eslávicas se le ocurrió también tomar mi curso sobre la novela del XIX (Aquí tengo la especialidad de lo que llaman novela 'peninsular' del XIX y XX; después de repicar en el XX, he vuelto al XIX, y en el otoño enseñaré un curso graduado sobre el realismo del XIX).

Por lo demás no ando muy contento, y espero que éste sea el último año por estas latitudes. Luego veremos. Igual me voy a California que termino en Puerto Rico o doy con mis huesos definitivamente en España.

Perdona que te escriba a máquina, pero el bicho este son mis dedos. Mi letra es maldita, y no quiero someter a los amigos a tan terrible martirio.

Saluda a los amigos de Villafranca y a Crémer y Ramón.

Un abrazo muy fuerte de la
Si el título no te gusta
se puede cambiar



LA PRIMERA NOVELA DE ANTONIO PEREIRA

Por: Javier Martínez Palacio

El poeta Antonio Pereira probó fortuna en la prosa y obtuvo el premio "Leopoldo Alas" de 1967 por su colección de cuentos Una ventana a la carretera. Este libro salió de la observación directa del paisaje, las costumbres y la gente del Bierzo natal del escritor. Y el Bierzo es también el espacio real que predomina en Un sitio para Soledad (Plaza & Janés, Barcelona, 1969), su primera novela. Como escritor neoregionalista está más próximo a nuestros autores del siglo XIX que a Faulkner, Rulfo, o el García Márquez de la invención Macondo. Villafranca y el Bierzo se recrean en Torrecastán y alrededores del mismo modo que La Coruña fue convertida en Marineda por la Pardo Bazán. Los escritores del XIX inventaban la toponimia para evitar el patriochiquerismo; sin embargo, su sentido de la realidad les obligó a mantener la sustancia regional dentro de la invención. Con Pereira sucede exactamente lo mismo.

En ese Bierzo abstraído sitúa a su heroína. Soledad vive en la Venta del Cruce, cerca de Torrecastán. Cuidan de ella unos padres prototípicos de la burguesía mercantil aldeana, y un padrino ricachón, don Gustavo, que bien puede ser el padre natural de la chica.

Espacio y ambiente condicionan a Soledad Acedo, para quien el horizonte de la Venta concluye en Torrecastán y viceversa. Atenazada por la abulia y el tedio que exhalan de la atmósfera espacial, sin pasado donde refugiarse ni futuro a donde ir, Soledad vive inmovilizada en el presente. Esa fijeza en el tiempo y en el espacio la materializa y convierte en objeto, objeto bello, útil para los demás; la villa se paga de su hermosura como de uno de sus mejores monumentos; las modistillas la utilizan para lucir su arte con la aguja; el tenorio local, Andrés, la exhibe como insignia de su prestigio; para don Gustavo viene a ser un arbolillo que, bien cuidado aunque dejado curtir entre los vientos y las tempestades, dará el fruto querido. Soledad es un personaje moderno como concepción.

La segunda parte de la novela nos traslada a Francia. Esto acontece de sopetón, cuando apenas nos habíamos familiarizado con el mundo rural de Torrecastán; la estructura se resiente; no afrontamos el nudo de la novela, tenemos la sensación de leer otra. Un matrimonio francés, conocido en la Venta, quiere pagar viejos favores invitando a Soledad. El traslado espacial impuesto por el autor es sólo nominativo; la atmósfera de tedio y abulia domina también en el hogar de los Castel y en los horizontes de una Francia desprovista de color local. Soledad

continúa a ser la mujer-objeto de antes; sus anfitriones la emplean para sorprender y distraer a sus amistades, así como en beneficio propio; Odile, obsesionada con no perder a su marido -más joven que ella-, abre la manga y le echa como carnada a Soledad lo mismo que hiciera antes con la criada Francine. Luego, Soledad peregrina por Francia, Londres, Amsterdam, París; lo que se dice sobre este particular es tan ecuaníme que tenemos la impresión de perdernos una historia que pudo ser interesante.

En la tercera parte -incuestionablemente la mejor- asistimos al regreso. Torrecastán sigue igual, pero los conocidos de Soledad han cambiado. Regresa madura, experimentada, con ilusiones de impulsar al pueblo; y encuentra que ha sido desplazada del corazón del enamorado, del interés del 'tenorio', de la amistad de Ramona, del respeto popular. Así llegamos a un final entre pesimista y escabroso; la fruta cae del árbol y don Gustavo se comerá la manzana. Soledad no encontró el sitio donde fijar sus ilusiones; la realidad la enseñó sólo a acomodarse.

Pereira tiene una imponente voluntad de estilo. Además de la prosa llana dispone de una imaginaria que, sin estilizar o sublimar, raya en la frontera del verso. Sin embargo, su estilo narrativo es desigual; la prosa es sensual, alerta y graciosa en el dibujo del medio rural, resulta chocante o rutinaria al retratar el mundo de los Castel, y es insegura cuando afronta las escenas eróticas del duo Soledad-Gérard porque el autor quiere salvar el compromiso de los tabús sexuales mediante lirismos evanescentes, y porque se empeña en preservar la pureza de la protagonista... que tan fácilmente se entrega al final de la novela.

Si la autonomía y la verosimilitud de un personaje dependen de balancear las distancias entre autor, lector y personaje, el lector no intima suficiente con Soledad, quien por eso puede resultar una figura borrosa. En torno a la heroína se mueve un racimo de personajes secundarios, en su mayoría de procedencia arquetípica, que realizan puntualmente la función novelesca asignada por el autor. Sobra algún comparsa, se debió profundizar en las caracterizaciones de don Gustavo y de Carmen Arnade -espejuelo de la 'futura' Soledad-; en cambio, se acertó de lleno en las creaciones de Herminia, Ramona y el servil don Eladio. Con estos y algunos otros caracteres de nuevo cuño esperamos que el autor siga construyendo su mundo novelesco. Un sitio para Soledad es una novela abierta que necesita apuntalarse en obras nuevas donde Pereira sazonará los frutos de la experiencia creativa.